

Acciones simbólicas en época de crisis

RESUMEN: A las altas temperaturas del verano de 2012 les han acompañado una puñado de episodios a los que podemos considerar como acciones simbólicas. Acciones simbólicas que nos hablan, por un lado, de la gravedad de la crisis social en la que nos encontramos inmersos y, por otro, nos muestran los posibles caminos que deben recorrerse para que no vuelvan a repetirse y para que los españoles dejemos de sonrojarnos y admirarnos del estado actual de la «cosa pública».

PALABRAS CLAVE: crisis, acciones simbólicas, hombre, Eurovegas, tupperware, 25 S, *Ecce Homo* de Borja.

Symbolic actions in times of crisis

ABSTRACT: A very few episodes, which can be seen as symbolic actions, have joined the high temperatures of the summer of 2012. On one hand these symbolic actions tell us about the depth of the social crisis we live in and on the other they show the possible ways ahead to avoid such actions being voiced again in the future. They also show the possible ways for Spanish people to stop blushing and surprising for the current status of the public affairs.

KEYWORDS: crisis, symbolic actions, human being, Eurovegas, tupperware, 25S, *Ecce Homo* of Borja.

En los últimos meses hemos vivido en España una serie de episodios llamativos que, de algún modo, podemos considerar como acciones simbólicas, pues superan lo meramente anecdótico y permiten reflexionar sobre nuestra realidad social. Todos ellos han tenido repercusión en los medios de comunicación social, con más o menos intensidad, y todos ellos «dan que pensar» sobre la crisis que nos golpea desde hace años. Hemos seleccionado siete de estos acontecimientos (número simbólico también) como ocasión para introducir algunas cuestiones básicas que marcan el inicio de un nuevo curso social y político.

Asaltos a supermercados

Durante semanas, en el mes de agosto, una de las noticias más repetidas en los diversos medios de comunicación fue la ocupación de supermercados por parte de activistas del Sindicato Andaluz de Trabajadores (SAT) liderados por el diputado autonómico Juan Manuel Sánchez Gordillo y por Diego Cañamero, portavoz nacional del sindicato. Donde unos veían una incitación al robo y al desorden, otros hablaban de «expropiación» de bienes a favor de las familias en necesidad; mientras que unos criticaron estos actos porque dañaban la imagen de España, otros la celebraban porque ponía en primer plano a las víctimas de la crisis; unos hablaban de delito, otros de acciones simbólicas. Lo que parece indudable es que el gran impacto mediático de esta movilización social ha logrado poner en primer plano la gravedad de una crisis que está afectando a millones de personas y tocando ya necesidades básicas, como la alimentación. Durante semanas, los activistas lograron mantener la atención en un tema que hasta entonces parecía invisible: el hecho de que la crisis afecta a los bolsillos y los estómagos de las personas.

Llama la atención que algunos periodistas parecen haber descubierto ahora a Sánchez Gordillo, siendo así que con el Sindicato de Obreros del Campo (SOC) lleva décadas en esta dinámica de ocupaciones de fincas y de desobediencia civil, y que el mismo día de su toma de posesión como diputado autonómico andaluz se comprometió públicamente a luchar con todas sus fuerzas «para subvertir el sistema». En esta ocasión, la campaña llevó el foco al eje de la crisis actual: la economía financiera y el acceso al consumo (ocupaciones de bancos y de centros comerciales). Más allá del oportunismo, de lo pintoresco de las acciones o del protagonismo personal, lo cierto es que pocas veces en estos meses se había oído hablar tan clara y directamente a favor de una economía al servicio de las personas. Las ambigüedades son evidentes (sobre todo en lo referido al uso de la coacción), pero también lo es que la acción directa no-violenta como método de lucha y el destino universal de los bienes como reivindicación básica no están lejos del núcleo central de la doctrina social de la Iglesia.

Eurovegas

Otro ‘culebrón veraniego’ se aclaró en el mes de septiembre, cuando el magnate norteamericano Sheldon Adelson hizo pública la decisión de

ubicar su macrocasino europeo en la comunidad de Madrid, descartando así la opción de hacerlo en Cataluña. Las estimaciones del propio grupo empresarial *Las Vegas Sands Corporation* hablan de una inversión, a lo largo de la próxima década, de cerca de 17.000 millones de euros, con la creación de más de 260.000 empleos (incluidos unos 100.000 indirectos) y la visita de unos once millones de turistas. En un momento de crisis como el que sufrimos, se trata de cifras no desdeñables.

Ahora bien, las críticas han sido numerosas y firmes, desde distintos ámbitos sociales, políticos y eclesiales. Básicamente, se emplean dos tipos de argumentos, de carácter ético y político. Por un lado, la ambigüedad moral de esta iniciativa de ocio. En palabras del obispo de Getafe, Joaquín López de Andújar, «Eurovegas es una fachada atractiva, pero dentro ves su podredumbre, con actividades que pueden romper muchas familias. Cuando corre el dinero sin control enseguida se activa la prostitución, el blanqueo de dinero, los espectáculos porno, etc., y todo eso daña el bien social y familiar. Todo eso promueve el individualismo, el egoísmo y el descontrol». Por otro lado, en el ámbito más directamente político, se señala que las condiciones de Adelson, aceptadas por el gobierno autonómico, suponen una cesión de derechos sociales y económicos, un trato de favor contrario al principio constitucional de justicia fiscal, que generaría un «paraíso fiscal» y una cesión de soberanía, además del evidente impacto medioambiental. En definitiva, estas críticas señalan la fragilidad y la incoherencia de Eurovegas como modelo para resolver la crisis que vivimos.

El combustible de *Ryanair*

También en estos meses de verano se han producido varios episodios de emergencia aérea por falta de combustible, con aviones de la compañía *Ryanair*. Los responsables de la aerolínea manifestaron que su política es que los aviones vuelen sólo con el combustible necesario para que el servicio sea «seguro, eficiente y puntual». La conocida y polémica empresa de *low-cost* ha recibido numerosas críticas por este caso, que se suman a otras referidas a su política laboral, a las condiciones de viaje, al trato a los viajeros y a la publicidad engañosa.

Sin embargo, en esta ocasión nuestro comentario no se refiere a nada de ello, sino que tomamos la situación como una nueva «acción

simbólica» que puede iluminar la crisis que sufrimos y los intentos de salir de la misma. Volar sin suficiente combustible es una medida imprudente que, simbólicamente, podemos aplicar a algunas medidas de austeridad y recortes que se están tomando por parte del gobierno. Nos referimos, de un lado, al recorte en educación e investigación, una medida semejante a renunciar al combustible que permitirá superar la crisis en el medio plazo. Por otro lado, nos referimos a los recortes en sanidad y servicios sociales, que limitan el «colchón» protector, del mismo modo que llevar al límite el tanque del combustible reduce la autonomía de vuelo y fuerza a realizar aterrizajes de emergencia. Parece evidente que, como sociedad cohesionada, sólo podremos salir de esta crisis si tenemos suficiente combustible: ahora para sobrevivir y no desplomarnos, más tarde para poder despegar. Las partidas destinadas a políticas sociales y a la investigación no son gastos, sino inversiones.

El AVE de La Meca a Medina

Mucho menos impacto mediático ha tenido la concesión de la construcción y posterior explotación de la línea férrea entre La Meca y Medina (en Arabia Saudita), asignada hace un año —en octubre de 2011— a un consorcio formado por dos empresas saudíes y doce españolas, entre las que se encuentran Renfe, Adif, Talgo, OHL o Indra. El proyecto está presupuestado en casi 7.000 millones de euros y se prevé que las obras comiencen en enero de 2013. Se trata de la operación internacional de mayor volumen y, sin duda, habla de la madurez técnica, industrial y comercial del sector de la alta velocidad española.

De nuevo, no tratamos ahora de analizar este hecho, sino de considerarlo como una acción simbólica en el contexto de la actual crisis económica. Y es que la mencionada concesión ferroviaria puede ejemplificar bien la dimensión internacional de la economía española: en estos años de crisis, nuestras exportaciones están alcanzando records históricos, llegando a casi 200.000 millones de euros en términos anualizados. Hay un crecimiento sostenido de nuestras exportaciones: el 3,4% en el primer semestre de 2012, sumado al 13,5% de 2010 y a otro 7,6% en 2011. Además del aumento de exportaciones, éstas se diversifican, lo cual es también un buen indicador. Por otro lado, los analistas prevén que en el año 2013 España logre por primera vez desde

1997 un superávit de cuenta corriente, es decir, reducirá su muy alto endeudamiento exterior, enorme losa que frena el crecimiento y el empleo. Esto sólo tiene una explicación que, además, indica la senda de la recuperación y la salida de la crisis: el ímpetu y la iniciativa de los emprendedores. Sabido es que las pequeñas y medianas empresas españolas, las *pymes*, suponen el 64% del empleo y el 68% del valor bruto añadido de nuestro país, pero su capacidad exportadora es aún escasa. Parece necesario, por ello, impulsar medidas de apoyo en esta dirección.

El *tupperware*

El inicio del curso escolar ha supuesto una nueva y empinada «cuesta de septiembre» para las familias españolas. A los gastos habituales ha habido que añadir la subida del IVA en libros y material escolar, la supresión de ayudas para libros o la disminución de las becas de comedor. En algunas comunidades autónomas se ha decidido cobrar un canon para que los estudiantes puedan comer en el colegio, llevando su propia comida. Aunque la cantidad cobrada no es muy alta, sí se trata de otra vuelta de tuerca a la economía familiar y una nueva acción simbólica que ha dado lugar a la llamada «guerra del *tupper*» (la «*tupper-war*»). La escena más llamativa ocurrió a principios de septiembre, cuando una madre lanzó un recipiente de plástico a la entonces presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre. A pesar de lo desacertado de esa acción, es evidente que los ciudadanos se sienten indignados al saber que los trabajadores de la Asamblea de Madrid (incluyendo a los diputados autonómicos) comen por 3,55 euros, mientras que los niños deben pagar 4,62 euros al día.

Para entender esta anécdota puntual en el marco de la realidad más amplia y estructural, mencionemos tres estudios recientes. Según el VII Informe del Observatorio de la Realidad Social de Caritas Española, publicado en septiembre de 2012, el 56% de las demandas recibidas en las Caritas parroquiales se han referido a alimentación. A lo largo de año 2011, la red de Caritas ha distribuido 400.000 ayudas económicas para alimentos, por un valor de más de 10 millones de euros. Por su parte, el informe de Unicef «Infancia en España», presentado en el mes de mayo de 2012, analiza el impacto de la crisis en los menores, destaca que en nuestro país hay más de dos millones de niños que viven en situación de pobreza y llama la atención sobre el alarmante hecho de

que el 41% de las familias han modificando durante el año 2011 sus costumbres de consumo en alimentación, empeorando la calidad de la misma, por ejemplo consumiendo menos productos frescos. En tercer lugar, los datos del Instituto Nacional de Estadística y de Eurostat detectan que un 25% de la población infantil menor de 16 años en España se encuentra en riesgo de pobreza y de malnutrición. Como se ve, la batalla del *tupperware* está lejos de ser meramente anecdótica, pues apunta a una realidad muy dramática, grave y extendida. La sombra del hambre se cierne sobre muchas familias.

Rodear el Congreso

En lo que puede considerarse como una mutación del movimiento 15-M, el pasado 25 de septiembre se produjo una convocatoria social de los indignados, inspirada en parte por el movimiento norteamericano *Occupy Wall Street*, consistente en rodear el Congreso de los Diputados. El carácter evidentemente simbólico de la protesta buscaba visibilizar la distancia entre la clase política y la ciudadanía, expresada en el eslogan «No nos representan». Los argumentos eran claros: una elevada y sistemática abstención en las elecciones, una reforma constitucional sin consultar a la ciudadanía, la existencia de condicionantes externos que socavan la soberanía popular, el incumplimiento del programa electoral del partido gobernante en aspectos básicos... Pero, por lo mismo, la protesta mostró con toda su crudeza los riesgos y excesos de una reivindicación ambigua (¿popular o populista?, ¿basada en el pueblo o en la masa?) que puede socavar las bases de la democracia. Tan comprensible es la indignación ciudadana como rechazable una postura que deslegitima o bloquea el funcionamiento de las instituciones libremente elegidas.

Es cierto que el propio proceso de preparación del 25-S lo fue matizando y profundizando, quitando buena parte de su ambigüedad inicial. De 'tomar' el Congreso se pasó a 'ocuparlo' y de ahí a 'rodearlo' y, por fin, a 'rescatarlo'. Como ha señalado el profesor Víctor Sampedro, el movimiento ha exigido «un nuevo contrato social» y «un proyecto constituyente que renueve esta democracia», denunciando que «la única reforma de la Constitución ha sido unilateral y puntualmente adoptada por el bloque político gobernante: para anteponer las cuentas del Estado al bienestar, las finanzas a los derechos sociales». Como suele ocurrir, los episodios de violencia (generados y amplificados tanto por

minorías radicales como por el poder establecido) eclipsaron la realidad de un amplio y dinámico movimiento no-violento. Pero, más allá de todo ello, lo que parece claro es que estamos ante una crisis política sin precedentes. La clase política está cada vez más desprestigiada y alejada de la ciudadanía. Como dijo en esos mismos días la diputada autonómica Mònica Oltra en el parlamento valenciano, mientras los diputados o los gobernantes sean incapaces de comprender la vida de una familia que ha de subsistir con 400 euros mensuales, la indignación y la protesta estarán en la calle.

Ecce Homo

El más pintoresco de todos los sucesos veraniegos se ha producido en la localidad aragonesa de Borja. Una octogenaria del pueblo, aficionada a la pintura, se encargó de restaurar un fresco del Santuario de la Misericordia del pueblo, un *Ecce Homo*. Ni la iglesia ni el cuadro ni la 'restauradora' tenían ningún valor o interés artístico destacable. Pero el resultado fue tan desastroso que se convirtió en «noticia del verano» y en foco de visitas turísticas de cientos de curiosos. El asunto traspasó nuestras fronteras, debido sobre todo a la prensa británica y, posteriormente, al efecto multiplicador de Internet y las redes sociales.

Nuestra lectura en clave simbólica, para entender la crisis que sufrimos, es triple. Primero, el subrayado de que la persona debe ocupar el centro de nuestra sociedad, de nuestras propuestas, de nuestras iniciativas políticas. El título de la obra, *Ecce Homo*, significa literalmente «He aquí el hombre» y sitúa aquí, en el centro, al ser humano. La evidente referencia evangélica (Jn 19, 5) muestra, al mismo tiempo, a un ser humano injustamente condenado y a un poder político incapaz de actuar con justicia y coherencia. En segundo lugar, la lectura cruzada de este pasaje evangélico con el juicio final narrado en Mt 25, 31-46 agudiza su dimensión social, puesto que el Señor Jesús se identifica con los hambrientos, encarcelados, enfermos o inmigrantes: he aquí el hombre. En tercer lugar, el hecho de la restauración alude también a la necesidad de conocer la técnica y emplearla adecuadamente. Para salir de la crisis es vital poner en el centro a la persona y, al mismo tiempo, es esencial emplear las medidas económicas adecuadas, con rigor y coherencia.

Conclusión

A través de siete episodios veraniegos, más o menos anecdóticos, hemos buscado en estas páginas reflexionar sobre una crisis ya muy prolongada e intensa. Hemos señalado aspectos que, desde la óptica cristiana, no pueden pasar desapercibidos ni quedar en segundo plano. Hemos destacado la centralidad de la persona y, concretamente, de quienes sufren con más dureza los zarpazos de la crisis. Hemos insistido en el dramatismo de sus efectos en la vida de las personas. Hemos indicado que la crisis no es sólo económica, sino también cultural, política y moral. Hemos subrayado que no todas las propuestas e iniciativas tienen la misma validez y eficacia. Queremos terminar animando, una vez más, al vigor ético y al rigor técnico para superar la crisis desde la clave de la solidaridad. ■